

OCHENTA AÑOS EN LA VIDA DE UN ARTISTA SABIO Y HUMANO

por

Darwin Vargas Wallis

En más de una ocasión hemos citado, a título de ejemplo, el nombre de un maestro del que hemos dicho no ha escrito una sola nota sin que haya sido impelido a hacerlo, como imperativo del espíritu. Hemos agregado que este músico, sin estridencias ni ansias de liderato y sin pretender ser un revolucionario innovador, ha realizado a través de su vida, con sencillez y modestia, una obra auténtica, válida y trascendente que le ha asegurado una eminente ubicación entre lo mejor que en materia de creación musical ha producido nuestro país. Este artista, Alfonso Leng, ha cumplido, el 11 de febrero pasado, ochenta años de edad.

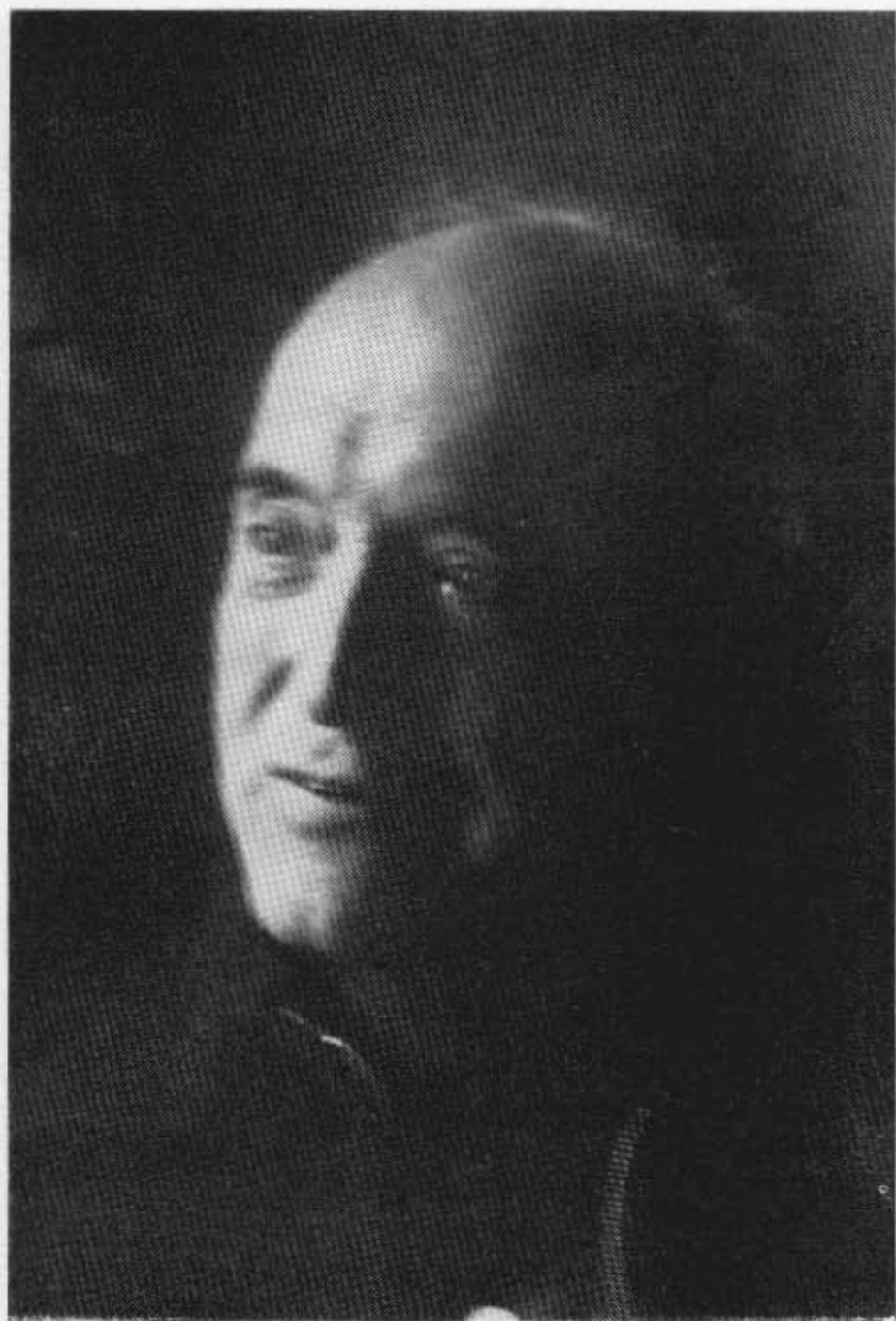
En tan importante fecha de la historia de la música chilena, hemos querido recordar algunas facetas de la vida de este extraordinario y sapiente maestro, no a título de homenaje, ya que los conceptos y palabras que empleáramos para tal objeto, no serían sino una mínima expresión de los que él merece y además porque sabemos que entre las muchas virtudes que orlan su personalidad, una de las principales y unánimemente reconocida, es su modestia. Lo hacemos, sin embargo, convencidos que en todo momento es útil a la colectividad el conocimiento más cercano de las altas cumbres del pensamiento, el corazón y la cultura humana. Y creemos que esto tiene hoy especial vigencia, toda vez que vivimos una época en que las jóvenes generaciones dan evidentes muestras de desorientación y falta de positivos alicientes en su conducta.



Previamente, diremos que a don Alfonso Leng es posible considerarlo en tres aspectos bien definidos que son: el científico, el artístico y el humano; y ante él nos encontramos con el caso poco frecuente de que en las tres expresiones ha destacado nítidamente y al referirnos a cualquiera de ellas podemos, con justicia, llamarle maestro.

Antes de entrar a la Escuela Dental, había obtenido ya su título de Contador en el Instituto Superior de Comercio, en 1904. En su camino hacia la Odontología, tuvo decisiva importancia el ingreso al estudio de esa disciplina de su amigo y compañero de experiencias musicales, Alberto García Guerrero, quien luego consagró su vida al Arte, llegando a destacarse como excelente músico y pianista, distinguiéndose más tarde por su amplia y efectiva labor pedagógica-instrumental realizada en Canadá. Leng, en cambio, recibió su título de Cirujano-Dentista el año 1910.

El vasto trabajo en el campo de su profesión le ha valido el reconocimiento universal; muchos honores, títulos y distinciones ha recibido de instituciones y organismos científicos de todo el mundo, como igualmente en congresos internacionales. La singularidad de su quehacer investigador ha sido destaca-



Alfonso Leng

da en las más importantes publicaciones de la especialidad, lo mismo que sus estudios.

En la docencia su trabajo no ha sido menor, contándose entre sus realizaciones la fundación de las cátedras de Parodontia (1924), la de Química Fisiológica (1928) y la de Física Aplicada (1961) en la Escuela Dental. Creada la Facultad de Odontología de la Universidad de Chile, en 1945, fue nombrado primer decano y más tarde, 1955, director del Departamento de Investigaciones Parodontológicas de este plantel universitario. Fue, además, primer director del Curso de Graduados.

La fecunda labor en la Ciencia, realizada por el Dr. Leng, esbozada aquí en forma tan sumaria, ya que mucho más podría agregarse al respecto, justificaría con creces una vida dedicada al servicio de la Humanidad; sin embargo, también es notable y valioso en alto grado su trabajo de artista distinguido.



Su formación musical nos revela la condición de elegido, ya que fue su poderosa intuición la que le condujo al conocimiento y dominio de la técnica de su arte. Cortos meses de estudio en el Conservatorio Nacional, con el maestro Enrique Soro, no alteran en absoluto esta característica suya de autoformación.

Si consideramos las condiciones músico-ambientales que debieron rodear los años juveniles del maestro, tendremos que convenir que en la plasmación de su lenguaje, mantuvo una independencia con el medio, oteando más bien en los rumbos que su herencia germano-irlandesa le indicaba; y así, siempre encontramos en sus obras un equilibrio entre los diversos elementos sustanciales de la música; nunca la primacía de unos en desmedro de otros y en todo momento la técnica está al servicio de la expresión, dentro de una maravillosa sintaxis que nos permite percibir con claridad las imágenes sonoras. Esta cualidad hace que su música, pletórica de emociones y profundidad, llegue a todos los que la escuchan ya que penetra, invade y mueve los superiores estrados de la sensibilidad del hombre, el que se encuentra reflejado en ella, como ante un cristal, en las distintas dimensiones de sus angustias, tristezas y espéjicas alegrías; se siente en la desnudez de su inmensa soledad. Diríamos que cada una de sus partituras semeja una radiografía del alma humana.

De la obra musical de Leng, atendiendo a los vehículos conductores, citaremos en primer lugar "Doloras", que en la edición Ricordi Americana, Buenos Aires, son cuatro poemas para piano, grávidos de sugerencias y anhelos. Fue parte de esta obra lo primero que de este autor escuchamos y nunca hemos olvidado la extraordinaria impresión que produjo en nuestra mente infantil de entonces.

Se ha dicho erróneamente en algunas ocasiones que fuente de inspiración de las "Doloras" habrían sido páginas de la producción literaria de Pedro Prado, equívoco que puede tener su origen en el hecho de que a través de la Historia, muchas grandes obras del arte musical fueron inspiradas por obras de la Literatura. Pero, en el presente caso, el procedimiento se dio a la inversa, pues fue la poesía bullente en estos trozos la que el vate captó en su audición y le movió a escribir las bellas acotaciones líricas que acompañan las parti-

turas. El músico y el bardo, hermanos decimales, es decir, integrantes del "Grupo de los Diez", no sólo en esta oportunidad unirían su arte en una misma obra, como veremos más adelante.

Siempre en el campo de la música para piano, seguimos con "Fantasía quasi Sonata", escrita el año 1909, con un primer movimiento compuesto en estricta manera de sonata y luego un rondó; "Lied", en mi bemol menor, de 1911; "Estudios", el Nº 1 en 1915 y 1918 el segundo; "Oración"; "Diez Preludios", de los cuales el más antiguo es el Nº 3, que data de 1919; una breve "Sonata", cuyos dos primeros movimientos fueron escritos en 1927, a los que el autor, en reciente determinación, agregó el Estudio Nº 1, no ejecutado hasta la fecha y que si bien no guarda relación estructural con un tercer movimiento de sonata académica, salva con su velocidad —"agitato"—, la redondez convencional de la forma; "Poema" (1928-1932); "Otoñales", compuestos en 1932; "Presto Dramático", de 1933, cuyo brillo fascina a los intérpretes, lo que en más de una ocasión pone en serio peligro la construcción de la pieza; "Sonata-1950". Habría que agregar el "Album per Pianoforte", Op. 6, Nº 1, cuyo índice incluye un trozo —"Humoresque"—, único en su género escrito por el autor, restándonos solamente diversas piezas sueltas, vale decir, preludios, canciones sin palabras, poemas, etc.

Debemos hacer notar que dentro de la producción pianística chilena, es Leng uno de los autores más ejecutados en Chile y en el extranjero.

Su música para voz y piano comprende catorce "lieder" sobre textos alemanes, franceses y castellanos, algunos de cuyos títulos son: "Brouillard", cantado en primera audición en 1911, en el Teatro Septiembre; "Cima", cuya letra pertenece a Gabriela Mistral; "Alma mía", con texto de Manuel Magallanes Moure, etc.

En su producción para conjuntos instrumentales, está la "Romanza" para violín y piano que data de 1900 y un "Poema" para la misma combinación timbrística, escrito alrededor del año 1915; "Quinteto de Cuerdas" (Andante) de 1905, dado a conocer hace algunos años por el "Conjunto del Conservatorio El Golf" y en cuyo original hay una nota que dice: "Primer ensayo de composición de música de cámara". Este quinteto, instrumentado más tarde, dio origen al Preludio Nº 1 para orquesta. Finalmente, está también en este grupo "Traurigkeit", para cuarteto con piano, estrenado en 1922.

Entre las partituras para orquesta mencionaremos dos "Preludios", el segundo de los cuales, compuesto en 1906, fue ejecutado por vez primera en Chile el año 1911, en el Teatro Santiago, dirigido por Michel Penha. Hacemos notar que alrededor del año 1920, este preludio fue dirigido por el autor, en un concierto realizado en homenaje al ilustre hombre público don Arturo Alessandri Palma, ocasión en que también el maestro Soro condujo la orquesta en una obra de su producción, haciendo otro tanto don Pedro Humberto Allende con una de sus partituras. Continuando, está la versión orquestal de las cinco Doloras, instrumentadas en 1920, siendo estrenadas ese mismo año la primera, tercera y cuarta por Maurice Dumesnil, en el Teatro Unión Central, hoy desaparecido, en un programa en que figuraban también en primera audición en Chile, "Muerte y Transfiguración" de Richard Strauss y la "Sinfonía en Re" de César Franck. La segunda Dolora la estrenó la Orquesta Sinfónica de Chile con la dirección de Jorge Peña, en 1963, y la quinta la dio a conocer el maestro Víctor Tevah. De esta última, inspirada en la "Primavera Eterna", de Augusto Rodin y en la que el músico transmite, en

gran logro de realización, toda la ansiedad que emana de la obra del artista francés, no se publicó su versión original de piano. Viene, luego, "Canto de Invierno", cuya primera audición data del año 1932, bajo la dirección de Armando Carvajal y por la cual, diremos a título de ilustración, recibió el autor, años más tarde, un sentido reconocimiento del Presidente de los EE. UU. de Norteamérica, Sr. Harry Truman, cuando éste le escuchó en un concierto de Hans Kindler; la "Fantasía" para piano y orquesta que fue estrenada el 28 de agosto de 1936, en el Teatro Municipal de Santiago, en la conducción de Armando Carvajal y con la solista Herminia Raccagni.

A propósito de la "Fantasía" nos viene al recuerdo aquel concierto realizado en Londres, el año de guerra 1942, escuchado aquí en transmisión directa de la B.B.C., en cuyo programa se incluyó esta partitura de Leng, con Robinson en el podium y Tom Brombley, solista. Eran días en que la capital inglesa sufría heroicamente los demoledores bombardeos aéreos y el concierto se desarrollaba en un local subterráneo. Al término, el pianista saludó al autor a través de las ondas, manifestándole su entusiasmo por la obra recién ejecutada, solicitándole también le enviara sus obras de piano. Tiempo después, la B.B.C. hizo llegar al maestro un disco con la grabación de "Cuatro Preludios", interpretados por Brombley.

Réstanos citar en este grupo el poema sinfónico "La Muerte de Alsino", escrito entre noviembre de 1920 y febrero de 1921.

Consideramos esta última una de las obras capitales de la música sinfónica nacional y sabiendo de su estreno —éxito sin precedentes—, el 20 de mayo de 1922, nuestro interés nos ha llevado a hurgar en la prensa de la época, en busca de testimonios; y así, leemos en "El Mercurio" del día siguiente, un artículo firmado por Bizarre que comienza: "Pocas veces nuestro Teatro Municipal se había visto más concurrido que ayer tarde, con ocasión del concierto en que se estrenaba la obra de Alfonso Leng "La Muerte de Alsino". Más adelante dice: "El triunfo previsto fue claro y total. Pocas veces habíamos tenido ocasión de presenciar una comunión más íntima de sentimientos y emociones que la que esa gran conglomeración de personas experimentó. Diríase que durante el desarrollo del poema, todo ese mundo que iba en busca de una sensación artística y de belleza, formó un núcleo, un acumulador de sentires. El público, los músicos ejecutantes bajo la influencia de la música de Leng, unieron sus corazones, afinaron sus voluntades, para seguir juntamente toda la belleza de las melodías. Leng ha hecho una obra definitiva que alcanzará el éxito donde se la escuche". En otro artículo que firma C. Silva Cruz, luego de consideraciones sobre el personaje protagónico del poema, a quien compara con Pier Gynt, Fausto y Parsifal, y analizar el profundo contenido de su actitud frente al dolor y a su malhadada fortuna, exclama: "Con qué viva emoción, en verdad, sentimos, en el Alsino de Leng, a nuestro viejo conocido el Alsino de Prado, solo, abandonado, en el día del dolor. . ." y termina: "Ansia infinita, inmensa aspiración en cada nota, en cada tema, en cada pasaje; tal es la psicología que se desprende del poema sinfónico de Leng, como el sutil aroma a hierba se desprende de la tierra humedecida por el relente de las noches. Obra eminentemente poética, obra aristocráticamente distinguida, intelectual y emocional, a la vez, de factura exquisita y de deliciosa coloración orquestal, marcará una época en el arte chileno —digo mal—, en el arte americano. Con ella nuestra música entra en el período de la completa madurez".

En la edición de ese mismo día, 21 de mayo de 1922, en "El Diario Ilustrado", Lohengrin firma un desarrollado comentario en el que hace un paralelo entre la obra literaria y su realización musical; dice en una parte, al final: "El triunfo de Leng, triunfo que Santiago entero confirmó con aplausos y aclamaciones, como habíamos visto pocas veces, nos llena de satisfacción. El importa una corona de laurel para nuestro arte nacional y un placer muy grato para sus amigos, que admiran su modestia y rinden culto a su gran talento". Deja también constancia de un regalo de sus amigos que recibió el maestro en esta oportunidad, consistente en una corona de bronce colocada en un hermoso marco, con una dedicatoria grabada en una placa de oro.

En un "Zig-Zag" de esos días, Loredan, en el sector postrero del artículo "Una velada con Alfonso Leng", nos transcribe la palabra del músico, al referirse a esta obra: "... Alsino es el poema de Prado, en cuya prosa límpida, aromada del perfume bíblico que tiene toda su obra, encontró la sugerencia de un intenso, inquieto y torturado asunto musical. Me cautivó la belleza del símbolo y me embebí en la esencia de su texto literario, traduje su angustia, su desolación, su desesperado volar en sed de altura a la voz orquestal. Icaro, Alsino y el artista son una misma trinidad dolorosa. El alma herida y sangrante por la hostilidad de la vida terrena, ansía sublimes liberaciones, sueña con el alto poder de las alas. En el poema de Prado, de los hombros humanos florecen alas liberatrices, y el vuelo de Alsino, loco y espléndido hacia el ideal, está comentado en mi poema orquestal, hasta que roto su pobre corazón humano, abrazado a sus alas, como una estrella filante, se funde en el espacio".



Existen de este músico obras que aún no han sido estrenadas, tal es el caso de "Salmo" para contralto, tenor, coro y orquesta, si bien una de sus partes —coro para cuatro voces mixtas— fue cantado por el Coro de la Escuela Moderna de Música, el año 1942, dirigido por Alfonso Letelier; las versiones orquestales de ocho "lieder", de los cuales el último, recientemente instrumentado por el autor, es "Lotus Blume". Recordemos que el único lied para voz y orquesta ejecutado hasta la fecha es "Lass meine Tränen fliessen", cantado en el Teatro Municipal de Santiago el año 1933, por Blanca Hauser y con la dirección de Armando Carvajal. También en el caso de obras sin primera audición todavía, se encuentran las partituras orquestales de "Poema" (28-32) y del primer "Otoñal".

En el género dramático, el maestro escribió en 1903 una ópera, "María", cuyo argumento está basado en la homónima novela de Jorge Isaacs. Inacabada en su instrumentación, esta partitura revela ya —sesenta y un años atrás—, las cualidades peculiares de este compositor y que el maestro Pedro Humberto Allende las condensaba llamándolas "distinción quíntaesenciada". Deducimos que es el exigente sentido autocrítico del compositor lo que ha mantenido inconcluso este poema lírico; sin embargo, recordamos, a propósito, el autorizado juicio que sobre él escribió en una ocasión el autor de las "Tonadas": "Nadie oirá en las composiciones de este artista (Leng), una idea pueril ni una sucesión armónica, producto de los recetarios de los malos textos de armonía".

Agreguemos que también ha escrito sobre música en algunas ocasiones y

cuando se lee la plasmación de su pensamiento sobre la materia, maravilla su equilibrio y sentido común.



Loredan, en su artículo citado, se preguntaba "¿Qué tenía su aspecto que me indujo a pensar en un hombre de laboratorio, en un solitario, en un asceta?". Muchas son las personas que al conocer al maestro Leng se formulan similar interrogante, pues este eminente hombre, polifacético en su generoso aporte a la colectividad, transparente en su aspecto exterior su bondad, sus virtudes y su intelecto, culto en muy alto grado. Su conversar es tranquilo, su temática ordenada y la sencillez le acompaña siempre, lo que le permite hacerse entender por todos, pues su expresión de las ideas es también clara y objetiva, Sus análisis y juicios llevan en todo momento el aval de la serenidad. Bondadoso con sus semejantes, jamás se le escucha palabras duras para alguien; por el contrario, siempre está presto a atenuar con indulgencia las debilidades de los demás. Sin resentimiento, con un corazón abierto para todos y provisto de la Buena Voluntad solicitada en el Mensaje, los ochenta años de este hombre extraordinario le encuentran caminando por la misma ruta, poco hollada, del alsaciano de Lambarené.

No tendremos en Chile monumentos que cual Torre de Alejandro Eiffel proyecten sus simbólicos metales en altura, pero tenemos, gracias a Dios, a Alfonso Leng.

Talagante, junio de 1964.